

Taller de Escritura I

Norman Mailer (1923-2007)

Los desnudos y los muertos (1948)

Capítulo IV

El pelotón pasó una noche inquieta. Estaban demasiado cansados para dormir bien, temblaban en las mantas. Cuando llegaba el turno de guardia, el elegido trepaba a la cumbre de la colina y miraba el valle que se extendía abajo. A la luz de la luna todo era frío, lechoso y las colinas se veían lúgubres. Los hombres que dormían en el rellano parecían lejanos, borrosos. El que estaba de guardia se sentía solo, terriblemente solo, como si estuviera contemplando los valles y los cráteres de la luna. Nada se movía y sin embargo nada estaba inmóvil. Soplaban un viento triste y meditabundo, la hierba murmuraba, se inclinaba y enderezaba en ondas trémulas y susurran-tes. La noche era intensamente silenciosa y parecía estar en suspenso.

Al anochecer doblaron las mantas, prepararon las mochilas y comieron una ración, masticando lentamente, sin placer, el jamón y los huevos fríos de las latas y las galletas de harina con salvado. Todavía sentían los músculos endurecidos por el esfuerzo del día anterior, y tenían las ropas húmedas por el sudor. Los menos jóvenes deseaban que el sol ya estuviera en lo alto. Tenían la impresión de que todo el calor había abandonado sus cuerpos. A Red los riñones le volvían a doler, Roth sentía rígida la articulación de su hombro derecho y a Wilson

le vino una diarrea después de comer. Todos se sentían abatidos, sin voluntad, ajenos a la marcha que les esperaba.

Croft y Hearn habían vuelto a la cumbre de la colina y hablaban del itinerario de esa mañana. En esas primeras horas, el valle era neblinoso y la montaña y el desfiladero no se veían con claridad. Fijaron la vista en dirección norte, hacia la cordillera Watamai. La cordillera se extendía hasta perderse de vista como un banco de nubes en la niebla, irguiéndose de repente con el monte Anaka y bajando bruscamente hasta el desfiladero, a la izquierda, antes de remontar de nuevo.

-Seguro que los japoneses nos esperan en el desfiladero -comentó Croft.

Hearn se encogió de hombros.

-Probablemente tienen otras cosas que hacer, y está bastante lejos del frente.

La niebla empezaba a levantarse y Croft miró con los gemelos.

-No creo, mi teniente. El desfiladero es bastante angosto para que un solo pelotón pueda defenderlo hasta que se acabe la guerra. -Escupió-. Claro que hasta que no vayamos allí no lo sabremos.

El sol empezaba a precisar el contorno de las colinas y las sombras se adelgazaban en los rellanos y escarpaduras.

-No podemos hacer otra cosa -murmuró Hearn. Ya percibía la antipatía latente entre Croft y él-. Si tenemos suerte podremos acampar esta noche detrás de las líneas japonesas y mañana podremos reconocer su retaguardia.

Croft dudaba. Su instinto, su experiencia, le decían que el desfiladero era peligroso, y hasta poco práctico, y sin embargo no había alternativa. Podrían escalar el monte Anaka, pero Hearn iba a estar en contra. Escupió de nuevo.

-Supongo que no hay nada más que hacer. -Pero se sentía inquieto. Cuanto más miraba la montaña...

-Vamos -dijo Hearn.

Descendieron, se echaron las mochilas a los hombros e iniciaron la marcha. Hearn se turnaba con Brown y Croft en la cabeza del pelotón, Martínez los precedía unos treinta o cuarenta metros, en avanzadilla, inspeccionando el terreno. La hierba estaba húmeda por el rocío de la noche y los hombres resbalaban frecuentemente en los descensos y jadeaban en

las pendientes. En cambio, Hearn se encontraba bien. Su organismo se había sobrepuesto a la marcha del día anterior y se sentía fuerte, el desgaste le había purificado. Se había despertado con los músculos rígidos y la espalda dolorida, pero reposado y animoso. Aquella mañana sentía las piernas firmes, con energía. Cuando coronaron la primera cresta, se subió un poco la mochila sobre sus anchas espaldas y volvió por un instante la cara al sol. Todo olía bien, la hierba tenía el perfume fresco y delicado de la madrugada.

-Ánimo, lo vamos a conseguir -gritó alegremente a los soldados que pasaban frente a él. Había retrocedido desde la cabeza de la columna. Ahora seguía la marcha de los hombres, deteniéndose con cada uno, ajustando su paso al de ellos.

-¿Cómo se siente hoy, Wyman? ¿Un poco mejor?

Wyman asintió con la cabeza.

-Sí, mi teniente. Lamento haberme quedado a la zaga ayer.

-¡Qué diablos! Todos estábamos cansados. Hoy será menos duro. -Dio una palmada a Wyman en el hombro y pasó a Ridges.

-Mucho campo, ¿eh?

-Sí, mi teniente, campo no es lo que falta -dijo Ridges sonriendo.

Caminó un poco junto a Wilson.

-¿Siempre abonando el terreno, eh?

-Sí, se ha aflojado el grifo y no hay manera de cerrarlo.

Hearn le dio un codazo en las costillas.

-En el próximo descanso prepararemos un tapón.

Todo era fácil, todo andaba bien. No sabía por qué se comportaba de aquel modo, pero le agradaba hacerlo. Ya no pensaba en nada, apenas le preocupaba la misión. Probablemente la cumplirían hoy y mañana por la noche iniciarían la vuelta. Dentro de pocos días todos estarían en el campamento.

Pensó en Cummings y sintió un odio profundo, súbitamente deseó que no se acabara la misión. Su estado de ánimo se ensombreció. Lo que ellos iban a hacer iba a redundar en gloria para Cummings.

“¡Al diablo con todo! Si uno analiza las cosas hasta sus últimas consecuencias, siempre encuentra problemas. El truco está en hacerlas por sus pasos, ahora un pie, ahora el otro”.

-Venga, muchachos, venga -dijo con buen humor mientras

los hombres ascendían junto a él-. ¡Adelante, esto va a salir bien!

Y había otros problemas. Estaba Croft. Debía tener los ojos abiertos más que nunca, fijarse en todo, aprender en pocos días las lecciones que Croft había aprendido en meses, en años. Por el momento ejercía el mando gracias a que se mantenía un equilibrio delicadísimo. En cierto sentido, Croft podía arrebatárselo cuando le diera la gana. La noche anterior, en la cumbre... Croft tenía una autoridad de mala ley, la autoridad que asusta.

Continuó hablando con los hombres mientras avanzaban, pero ahora el sol calentaba más y todos estaban cansados y un poco irritados. Sus palabras eran menos espontáneas.

-¿Cómo anda todo, Polack?

-Sin novedad -y continuó caminando en silencio.

Por su parte había cierta resistencia. Eran cautelosos, desconfiados. Él era un oficial e instintivamente se mantenían en guardia. Pero había algo más, lo sentía. Croft había estado tanto tiempo con ellos, había ejercido el mando del pelotón de forma tan absoluta, que no podían creer que no fuera ya su jefe. Tenían miedo de abrirse con él, miedo de que Croft se acordara de ello cuando reasumiera el mando. El problema consistía en convencerlos de que iba a estar siempre con el pelotón. Pero llevaría tiempo. Si hubiera pasado con ellos una semana en el campamento, si hubiese ido con ellos de patrulla antes... Hearn se encogió de hombros, se secó el sudor de la frente. El sol volvía a flamear.

Y las colinas se sucedían. Durante toda la mañana el pelotón avanzó a través de hierbas altas, caminando lentamente, arrastrándose por los valles, subiendo penosamente las pendientes. Se sintieron de nuevo exhaustos, empezaron a resoplar y sus caras ardían por el sol y el esfuerzo. Ahora nadie hablaba y marchaban en fila malhumorados.

El cielo se encapotó y empezó a llover. Al principio fue agradable, la lluvia era refrescante y se levantó una brisa, pero el suelo empezó a ablandarse y los zapatos se hundían en el barro. Poco a poco quedaron empapados. Las cabezas estaban gachas, los cañones de los fusiles apuntaban al suelo para evitar que les entrara agua. La columna parecía una hilera de flores marchitas. Todo en ellos se doblaba.

El terreno había cambiado, ahora era más rocoso. Las colinas eran más empinadas y algunas estaban cubiertas de maleza y plantas de grandes hojas que les llegaban por la cintura. Por primera vez desde que habían dejado atrás la selva, pasaron junto a un bosquecillo. Cesó la lluvia y el sol volvió a arder sobre sus cabezas. Era mediodía. El pelotón hizo un descanso en el bosquecillo y los hombres se quitaron las mochilas y comieron otra ración. Wilson miró con asco las galletas y devoró un pedazo de queso.

-Dicen que frena la diarrea -dijo a Red.

-Algo hará.

Wilson rió, pero estaba desasosegado. La diarrea lo había atormentado toda la mañana, la espalda y los riñones le dolían. No lograba entender por qué su organismo lo había traicionado así. Siempre se había vanagloriado de poder hacer cualquier cosa, y ahora debía marchar a la zaga de la columna, fatigándose en los declives más leves, agarrándose a la hierba. Los calambres lo hacían doblarse en dos, sudaba a mares y la mochila le oprimía los hombros como un bloque de cemento.

Wilson suspiró.

-Te juro, Red, que tengo un infierno dentro. Cuando vuelva me voy a hacer operar. Así no sirvo para nada.

-Ya.

-Hablo en serio, Red. Estoy retrasando la marcha.

Red soltó una carcajada.

-¿Crees que tenemos prisa?

-No, pero me jode. ¿Y si ocurre algo mientras pasamos el desfiladero? ¡Qué coño, ya no me acuerdo lo que es tener el culo sano!

Red rió.

-¡Bah! No te hagas mala sangre.

No quería inquietarse por los problemas de Wilson. "No puedo ayudarlo", se dijo. Siguieron comiendo lentamente.

A los pocos minutos, Hearn dio la orden de reiniciar la marcha y el pelotón abandonó el bosquecillo y empezó a andar bajo el sol. Aunque la lluvia había cesado, los montes estaban húmedos y se levantaba una ligera niebla. Los hombres marchaban agobiados, las cumbres se extendían infinitivamente ante ellos. Lentamente, alineados en una fila de casi cien metros,

avanzaban entre la hierba, absortos en el cansancio de sus cuerpos. Los pies les ardían y sus muslos estaban doloridos. A su alrededor las colinas brillaban en el bochorno del mediodía y un silencio pesadoso se cernía sobre todo. El zumbido de los insectos era constante, casi agradable. A Croft, a Ridges, al mismo Wilson, les traía vagos recuerdos reconfortantes de plantíos iluminados por el sol de verano, pletóricos, y cuya serenidad sólo se veía perturbada por los floreos que alguna mariposa describía en el cielo. Se entregaron perezosamente a los recuerdos, como si caminaran por una carretera que discurriera entre sembrados, viendo nuevamente la fértil sucesión de los campos, percibiendo en el húmedo olor a germinación de esa tierra tras la lluvia, la antigua fragancia del campo labrado y el olor de los caballos sudorosos.

El sol, el calor, todo reverberaba.

Estuvieron ascendiendo casi ininterrumpidamente durante una hora, hasta que se detuvieron en un riacho para llenar sus cantimploras. Descansaron quince minutos y prosiguieron la marcha. La ropa se les había mojado por lo menos una docena de veces, por la espuma del mar, por el río, por el sudor, por dormir en el suelo y, cada vez que se secaba, quedaban manchas. Las camisas tenían rayas blancas de sal y, en los sobacos y debajo de los cinturones, la tela empezaba a pudrirse. La piel estaba irritada, con ampollas, abrasada por el sol. Algunos de ellos cojeaban por las llagas de los pies, pero todas estas incomodidades eran menores, desaparecían en el profundo estupor de la marcha, en el acaloramiento. La fatiga los había agotado, penetraba en los rincones más frágiles de sus cuerpos e infundía una pesada apatía en sus músculos. Habían probado tantas veces la bilis amarga y ácida del agotamiento, habían forzado sus agotadas piernas en tantas colinas, que ya sentían la anestesia de la extenuación. Seguían moviéndose, maquinalmente, pesada, torpemente, tambaleándose, trastabillando. El peso de las mochilas era abrumador, pero habían llegado a considerarlas una parte de sus cuerpos, un bloque de piedra incrustado en sus espaldas.

Los matorrales se hicieron más altos, llegaban casi hasta sus pechos. Las plantas espinosas se agarraban a los fusiles y se enganchaban a sus ropas. Seguían arrastrándose hacia adelante, sumergiéndose en la maleza hasta que los detenían las

espinas aferradas a sus ropas; entonces se detenían, se soltaban y proseguían. Nada existía para ellos fuera de los cien metros de terreno que se abría por delante; casi nunca miraban hacia arriba, a la cúspide de la colina por la que ascendían.

Poco después del mediodía, hicieron un largo descanso a la sombra de unas rocas. El tiempo pasaba lentamente entre el canto de los grillos y el lánguido vuelo de los insectos. Rendidos, se echaron a dormir. Hearn no sentía deseos de moverse, pero el descanso era demasiado prolongado. Se levantó lentamente, se ajustó la mochila y gritó:

-¡Vamos! ¡De pie!

No hubo respuesta y esto le provocó una aguda irritación. A Croft lo hubieran obedecido en el acto.

-¡Vamos, de pie! ¡No podemos tener todo el día el culo pegado al suelo!

Su voz sonó dura e impersonal y los soldados empezaron a levantarse lenta y pesadamente. Oyó sus murmullos y fue consciente de su resistencia.

Tenía los nervios más tensos de lo que había supuesto.

-¡Basta de protestar y en marcha! -se oyó gritar. Súbitamente comprendió que estaba harto de aquellos hombres.

-¡Hijo de Puta! -murmuró alguien.

El insulto lo hirió y le provocó resentimiento. Pero se reprimió. La actitud de los hombres era comprensible. En la fatiga de la marcha necesitaban culpar a alguien, e hiciera lo que hiciera, iban a odiarlo tarde o temprano.

Sus intentos por congraciarse con ellos habían acabado por confundirlos y enfurecerlos. A Croft lo obedecían porque Croft satisfacía su ansia de odio, la alentaba, era superior a ella, y eso provocaba obediencia. La constatación lo deprimió.

-Todavía tenemos mucho por delante -les dijo más suavemente.

Siguieron arrastrándose. Ahora estaban mucho más cerca del monte Anaka. Cada vez que coronaban una cresta podían ver los imponentes peñascos que bordeaban el desfiladero, distinguían hasta los árboles de los bosques. El terreno, el aire mismo, habían cambiado. Era más fresco, menos sofocante, pero aún ardía débilmente en sus pulmones.

A eso de las tres de la tarde se aproximaron al desfiladero. Croft trepó a la cumbre de la última colina, se agazapó detrás

de un matorral y examinó el terreno que tenía ante sí. Debajo de la colina se extendía un valle como de diez kilómetros, una isla de hierba encajonada entre la cordillera y las colinas. Más allá del valle el desfiladero se abría en un borde de la montaña, formando una rocosa garganta entre escarpadas paredes de piedra. La base del desfiladero estaba oculta entre el follaje, y allí podían ocultarse todos los enemigos que uno pudiera imaginar.

Contempló los escasos montículos que había a la entrada del desfiladero, examinó la selva que los circundaba. Se sentía satisfecho por haber llegado tan lejos. "Hemos recorrido un buen trecho", se dijo. En el silencio que flotaba sobre las colinas pudo oír el sofocado rumor de la artillería al otro lado de las montañas, el esporádico rugir del combate.

Martínez se había puesto a su lado.

-Bueno, bueno, Jodejapos -murmuró-, mantengámonos junto a las colinas que rodean el valle. Si alguien está a la entrada del desfiladero nos verá si intentamos cruzar el valle por el centro.

Martínez asintió con la cabeza y se volvió hacia la derecha para rodear el valle. Croft hizo señas a los otros para que los siguieran y empezaron a descender.

Se movían muy lentamente, manteniéndose junto a las hierbas altas. Martínez avanzaba unos treinta metros, se detenía y volvía a avanzar. Contagió su cautela a los demás. Sin cambiar una palabra todos se movían con precaución. Habían despertado de su modorra, sus sentidos se habían alertado, y hasta habían vuelto a tener un cierto control de sus miembros. Se fijaban en dónde ponían los pies, caminaban levantando mucho las piernas, procurando no hacer ruido. Todos eran intensamente conscientes del silencio del valle, y se estremecían ante inesperados rumores, deteniéndose cada vez que un insecto empezaba a cantar. La tensión aumentó. Esperaban que ocurriera algo, sus bocas estaban secas, los corazones golpeaban aceleradamente en sus pechos.

Sólo había unos pocos centenares de metros desde el lugar en que Croft había estudiado el valle hasta la entrada del desfiladero, pero el camino que eligió Martínez implicaba recorrer unos ochocientos metros. Tardaron mucho en dar el rodeo, quizás media hora, y la tensión disminuyó. Los hombres de la

retaguardia de la columna debían esperar a veces algunos minutos, y después unirse casi a la carrera al resto del pelotón. Era angustiante, agotador, y destrozaba los nervios. Volvieron a sentir una aguda fatiga, que hacía mella en sus espaldas y en los exhaustos músculos de sus muslos. Esperaban casi en cuclillas la señal para moverse, mientras las mochilas les pesaban dolorosamente sobre los hombros. El sudor les entraba en los ojos y los hacía llorar. Perdían la concentración, se aletargaban. Algunos empezaron a protestar y en una de las paradas más largas Wilson se detuvo para cagar. Empezaron a moverse mientras él estaba aún ocupado y los hombres que lo seguían quedaron desconcertados. Los de la retaguardia hicieron correr la voz para que se detuvieran los que iban en cabeza y, durante un momento, no supieron qué hacer, murmurando entre sí. Cuando Wilson hubo acabado volvieron a marchar, pero la disciplina se había roto. Aunque ninguno habló en voz alta, sus murmullos, la decreciente falta de cuidado al caminar, se convirtieron en un rumor bastante perceptible. A veces, Croft hacía una señal con la mano ordenando silencio, pero sin resultado.

Llegaron a la falda del monte Anaka, doblaron hacia la izquierda y empezaron a caminar por un roquedal. Alcanzaron un desfiladero, un campo abierto que se extendía unos cien metros hasta la entrada del desfiladero. No había más remedio que exponerse. Hearn y Croft se agazaparon detrás de unas rocas y discutieron la estrategia.

-Tenemos que dividirnos en dos destacamentos, mi teniente, y mientras uno cruza, el otro le cubre.

-De acuerdo -asintió Hearn. Era extraño, incongruentemente agradable estar sentado en el borde de una roca recibiendo el calor del sol en el cuerpo. Tomó aliento-. Haremos eso. Cuando el primer destacamento llegue al desfiladero, el otro podrá cruzar.

-De acuerdo. -Croft se acarició la barbilla examinando la cara del teniente-. Yo voy con el primer destacamento, ¿eh, mi teniente?

¡No! Aquí debía intervenir.

-Iré yo, sargento. Usted me cubrirá.

-Bueno..., está bien, mi teniente. -Hizo una pausa-. Sería mejor que fuera con el destacamento de Martínez, son los vete-

ranos.

Hearn asintió con la cabeza. Creyó percibir un rostro de sorpresa y de desagrado en el rostro de Croft, y esto le agradó. Pero inmediatamente se enfadó consigo mismo. Era una reacción pueril.

Se volvió hacia Martínez y levantó un dedo para indicar que quería el primer destacamento. Después de un minuto o dos los hombres formaron a su alrededor. Hearn notó cierta tensión en su garganta, y cuando habló su voz era ronca, casi un murmullo:

-Vamos a atravesar este campo y el segundo destacamento nos cubrirá. No necesito decirles que mantengan los ojos bien abiertos.-Se acarició la garganta, sintiendo que había olvidado decir algo-. Manténgase por lo menos a unos cinco metros de distancia unos de otros.

Algunos de los hombres asintieron.

Hearn se irguió, salvó las rocas y comenzó a caminar a través del campo abierto hacia el follaje que cubría la entrada del desfiladero. Detrás de él, a la derecha y a la izquierda, oía los pasos de los hombres del primer destacamento. De manera refleja, se había colocado el rifle a un lado, una mano en el cañón y otra en la culata. El campo tendría una longitud de cien metros y tal vez treinta de ancho, estaba bordeado por peñascos a un lado y, al otro, por el valle de hierba alta. Descendía en un ligero declive y estaba cubierto de guijarros. El sol llameaba, reverberando en las piedras y en los cañones de los fusiles. El silencio era otra vez intenso, parecía hecho de varias capas de espesor.

Hearn podía sentir cada paso que daba en sus castigados pies, pero éstos parecían existir independientemente de su cuerpo. Era vagamente como si fueran ajenos a él, notaba que el fusil le iba resbalando entre las manos. La tensión se alojaba en su pecho para sobresaltarse ante cualquier ruido inesperado, una patada a una piedra o un arrastrar de pies. Tragó saliva y miró por un momento a los hombres que lo seguían. Sus sentidos estaban excepcionalmente despiertos. En el fondo sentía una reprimida alegría y exaltación.

El follaje pareció moverse a la entrada del desfiladero. Se detuvo bruscamente y miró más allá de los cincuenta metros que lo separaban de los hombres. Al no ver nada movió la

mano y los hombres continuaron avanzando.

¡Baiauuung!

El tiro rebotó contra una roca y se perdió silbando en la lejanía. Súbita, aterradoramente, el bosquecillo crepitó con el ruido de los disparos, y los hombres del destacamento se tendieron en tierra como trigo abatido por el viento. Hearn se dejó caer tras una roca, miró detrás de sí y vio a sus hombres arrastrándose en busca de protección, golpeándose, jurando e insultándose. Prosiguió el fuego constante, malévolo, pujante, como las llamas de un incendio forestal. Las balas pasaban zumbando como insectos, o rebotaban contra una piedra y atravesaban el aire con el torturado aullido de metal que estalla.

¡Baiauuung! ¡Baiauuung! ¡Tioooooong!

Se protegieron detrás de las rocas, temblorosos, desamparados, sin atreverse a levantar la cabeza. Detrás de ellos, tras pausa, Croft y su destacamento comenzaron a disparar contra el bosquecillo. Los muros de piedra prolongaban el sonido hasta que éste se perdía en el valle, donde los ecos se cruzaban como ondas encontradas en un río. Un ruido atronador, ensordecedor, bramaba sobre sus cabezas.

Hearn yacía protegido detrás de una roca, los miembros le temblaban, el sudor le nublabla la vista. Durante unos segundos miró las vetas y nódulos de granito de la roca que tenía ante sí, mudo, absorto, privado de voluntad. Se había venido abajo. El impulso de cubrirse la cabeza y esperar pasivamente que cesara el tiroteo era demasiado poderoso. Oyó un sonido surgir de sus labios y se sorprendió. Al mismo tiempo, junto a aquel desconocido miedo que le agarrotaba, sentía vergüenza de sí mismo. No se lo podía creer. Jamás había estado en un combate, pero actuar de aquella manera...

¡Baiauuung! Fragmentos de roca y polvo rebotaron contra su cuello y sintió un cosquilleo. Las balas parecían estar animadas de las peores intenciones, de las más aviesas. Parecían dirigidas directamente contra él; inconscientemente, se encogía cada vez que pasaba una. Toda el agua de su cuerpo había aflorado a la superficie. El sudor le goteaba por el mentón, por la punta de la nariz, por la frente. La escaramuza había durado sólo quince o veinte segundos y él estaba empapado de los pies a la cabeza. Un brazo de acero apretaba sus clavículas y su garganta. Su corazón le golpeaba como un puño

en su pecho. Durante diez segundos empleó toda su fuerza en contraer su esfínter, asqueado ante la idea de ensuciarse los pantalones. "No, no". Las balas silbaban con un sonido inefable.

Tenía que sacar a los hombres de allí. Pero sus brazos cubrían su cabeza y se estremecía cada vez que una bala rebotaba contra la roca. Detrás de él oía a los hombres gritándose los unos a los otros, lanzando palabras incoherentes a diestro y siniestro. ¿Por qué aquel miedo? Debía vencerlo. ¿Qué le estaba pasando? Era increíble. Por un instante, entre la vergüenza y el miedo, sintió el tacto del cigarrillo de Cummings cuando se había agachado a recogerlo. Le pareció que podía oírlo todo, los hombres dispersos respirando estranguladamente detrás de las rocas, los japoneses en el bosquecillo, gritándose unos a otros, hasta el rumor de la hierba y el tenso chirriar de las cigarras en el valle. A sus espaldas, el destacamento de Croft seguía disparando. Se acurrucó detrás de la roca, como queriendo esconderse bajo tierra, cuando un proyectil rebotó contra la roca. Las esquirlas y el polvo impactaron en su nuca.

¿Por qué no hacía algo Croft? Y bruscamente comprendió que estaba esperando que Croft se hiciera cargo de la situación, que estaba esperando una enérgica voz de mando que lo sacara del aprieto. Sintió crecer en él una ira intensa. Apoyó el fusil en la roca y apretó el gatillo.

Pero el fusil no disparaba. Tenía puesto el seguro. Este error lo enfureció. Casi inconsciente de lo que hacía se puso en pie, corrió el cerrojo de seguridad y disparó tres o cuatro tiros.

-¡Atrás, atrás! -rugió-. ¡Venga, atrás! -Se oyó gritar con voz aguda y frenética-. ¡Vamos, corran! -Las balas silbaban a su alrededor, pero estando de pie, parecían insignificantes-. ¡Vuelvan! -rugió nuevamente, corriendo de roca en roca, mientras su voz tronaba como si fuera algo remoto. Se volvió y disparó otra vez cinco tiros tan rápidamente como lo permitía la presión del gatillo, y después esperó, mudo e inmóvil.

-¡De pie y disparen! ¡Disparen!

Algunos de los hombres del destacamento se pusieron en pie y dispararon. Sorprendido, confundido, el bosquecillo permaneció unos segundos en silencio.

-¡Vamos, corran!

Los hombres lo miraron mudos y comenzaron a correr hacia las rocas de las que habían partido. Hicieron algunos disparos y corrieron unos veinte metros; se volvieron a detener para disparar, retirándose en confusión y jadeando como animales en medio de su rabia y de su miedo. Los japoneses volvieron a disparar desde el bosquecillo, pero ni se enteraron. Todos estaban enloquecidos. Al moverse sólo deseaban una cosa: llegar a la seguridad de los peñascos.

Uno a uno, sin aliento, resollando, treparon por las rocas y se dejaron caer detrás, con los cuerpos empapados de sudor. Hearn fue uno de los últimos. Cayó de rodillas. Brown, Stanley, Roth, Minetta y Polack todavía disparaban, y Croft lo ayudó a ponerse de pie. Se acurrucaron detrás de las rocas.

-¿Estamos todos? -preguntó Hearn sin aliento.

Croft miró rápidamente alrededor.

-Parece que sí -escupió-. Vamos, mi teniente, tenemos que salir de aquí, no tardarán en rodearnos.

-¿Estamos todos? -gritó Red. Tenía una desgarradura en la mejilla manchada de tierra. El sudor le marcaba churretes, parecían lágrimas en una cara sucia. Los hombres se movían a gatas detrás de las peñas, gritándose nerviosamente.

-¿Falta alguno? -gritó Gallagher.

-Todos estamos aquí -respondió alguien.

El bosquecillo permanecía prácticamente en silencio. Sólo algún disparo ocasional silbaba sobre sus cabezas.

-Larguémonos de aquí.

Croft asomó la cabeza, examinó un instante el terreno y no vio nada. Se acurrucó mientras silbaron disparos sobre su cabeza.

-¿Vamos, mi teniente?

Por un momento, Hearn no logró concentrarse. Todavía era presa de la ira que lo había puesto en pie. No podía creer que estuvieran a salvo. Estaba recuperando las fuerzas. Quiso hacerlos marchar otros cien metros, y después otros cien metros más, rugiendo órdenes, bramando de cólera. Se frotó las sienes. Le era imposible pensar. Su cabeza era un torbellino.

-De acuerdo, vamos -murmuró. En alguna parte de sí mismo sintió la emoción más dulce que había conocido.

El pelotón se alejó del refugio, manteniéndose junto a la falda del monte Anaka. Caminaban rápidamente, casi corriendo,

los hombres de la retaguardia empujaban a los hombres de cabeza. Tuvieron que ascender por una loma elevada, desde donde vieron por un instante el bosquecillo, ya a varios centenares de metros de distancia. Dispararon unos tiros, mientras salvaban, uno a uno, la cima. Durante veinte minutos prosiguieron corriendo y andando, marchando más y más hacia el este, siguiendo la base de la montaña. Estaban a más de un kilómetro de distancia, separados por muchas pequeñas colinas de la entrada del desfiladero, cuando se detuvieron. Hearn, siguiendo el ejemplo de Croft, eligió un rellano cerca de la cima de una colina y apostó cuatro hombres de guardia. Los otros se dejaron caer, sin aliento.

Hacía diez minutos que estaban allí cuando descubrieron que faltaba Wilson.